

FILOSOFAR EN EL AULA, FILOSOFAR EN LA PLAZA

Mauricio Langon¹

En este trabajo presento uno de los resultados de una investigación reciente que pretende ser también una forma de *intervención*: los rasgos de un aula rigurosamente filosófica (#4). Sostengo que es en el aula donde se manifiesta con mayor intensidad lo filosófico, esa enfermedad que queremos contagiar los profesores de filosofía a nuestros alumnos, a la educación, a los espacios públicos y a todos los ámbitos de la vida humana (#3). Pues filosofar es el movimiento humano que consiste en recurrir a pensar ante impactos (#2); y son los actuales ataques a lo humano y a la vida, los espantos que actualmente nos mueven a proyectar una educación filosófica (#1).

Introducción

Filosofía, razón, violencia. Filosofía, escuela, libertad. Enseñanza de la Filosofía, educación filosófica, filosofar. Todo un firmamento de ideas que gira –no firme, enfermo— en torno a lo filosófico; justo cuando resulta claro que el universo real es egocéntrico y se mueve corriendo por lo económico.

Al ser directamente afectados por este descentramiento de lo filosófico, nos movilizamos, desde hace varios años, algunos filósofos, algunos profesores de filosofía y docentes del filosofar; no todos. Esa obligada excentricidad nos lleva a recorrer caminos diversos... No necesariamente filosóficos, ni siempre convergentes.

Mauricio Langón.

Profesor e investigador uruguayo especialista en didáctica de la filosofía. Ha sido Presidente de la Asociación Filosófica del Uruguay.

Porque *profesamos filosofía*, estamos *profesionalmente involucrados* en el pensar radical que resulta zarandeado hasta sus raíces en la presente crisis. *Comprometidos* con la filosofía, aparecemos como sus defensores espurios e interesados. Hablamos, y nuestras palabras suenan sospechosas de falaz parcialidad. La sombra de la duda —la misma que hemos cultivado primorosa y filosóficamente— se cierne sobre nuestros discursos y nos descalifica *a priori*. Pero insistimos, tratando de *convencer a los demás*.

Algunos filósofos (nosotros —los que aquí estamos, y otros como nosotros—) quedamos *ipso facto* fuera de las discusiones de nuestro tiempo; *lejos* del alcance de las candilejas del escenario mundial; invisibles e invisibilizados; excluidos, marginados, etéreos, incorpóreos. Imponderables. Nos da pesar, nos da qué pensar. Quisiéramos pesar y hacer pesar, pensando y haciendo pensar. A fin de compensar tanta pesadumbre. Bajo estas presiones tratamos de pensar, todavía.

No es la filosofía ni su enseñanza lo atacado hoy, sino la vida y lo humano; lo filosófico cae en la volteada. Lo filosófico está en crisis en la actualidad porque está ligado intrínsecamente a lo *humano* y lo *vital*, puestos en cuestión, negados, golpeados, “en riesgo de extinción”. Filosofar, hacer filosofía, practicarla es un modo de *ponerse en movimiento* ante los *impactos* que amenazan a la humanidad y a la vida. Jamás será aceptado por quienes no se cuidan de estas cosas.

Filosofar

Filosofar —la acción de *hacer filosofía*, de pensar radicalmente, sin concesiones— es un modo de “*poner el alma en movimiento*” ante los *impactos* (*golpes* o *shock*) que procuran *paralizar*, impedir pensar, inhibir la acción libre de las personas, anulando su voluntad y obligándolas a obedecer. Filosofar es el movimiento humano radical de *pensar en shock*;² de *pensar* cuando se están pasando los más graves peligros juntos. Justamente, cuando uno querría *no pensar más*, se manifiesta la verdadera exigencia de *recurrir a pensar*; el *recurso* más radicalmente *humano*, accesible a todos, gratuito e inagotable.

No se trata de *cualquier movimiento* ante el *espanto*; sino uno que

- No se *paraliza*;
- No se *suicida*;
- No se *encierra en sí mismo*, ni se *insensibiliza*, ni *esconde la cabeza*;
- No se espanta, ni huye en estampida;
- No escapa a través de una *acción múltiple y estéril*.

Y de lo que se trata en este Coloquio es de *enseñar* y de *aprender* ese movimiento filosófico de pensar siempre y de vuelta ante cada circunstancia; enseñar y aprender la *acción* específicamente humana de dejarse *con-mover* por el impacto, de *sentir pesar*, de sentir la *presión* de ese *peso*, que no excluye —sino que supone— tener las contradictorias ganas de huir, de reír, de llorar, de quejarse, de maldecir, de odiar, de amar, de luchar, de rendirse, de matar, de matarse... Se trata de enseñar y aprender a dudar en esas situaciones en que no sabe qué hacer, a ponerse a pesar, a sopesar, a pensar, a compensar; a actuar pensando y a pensar actuando; a re-flexionar sobre su hacer y su pensar poniéndolos en tela de juicio; a dar razones, a ponerlas en discusión con otras, a tomar éstas en cuenta, a cambiar, a *pensar de vuelta*, una y otra vez. Hay que aprender y enseñar a convivir avanzando *con los otros a través de* distintas y contrapuestas pasiones, emociones y modos de sentir; distintas estimaciones, valoraciones y modos de valorar; distintos lenguajes, razones, pensamientos y modos de pensar: *Dia-logos*, *dia-êthos*, *dia-pathos*. Hay que aprender y enseñar a entablar los diálogos más a fondo, esos que van sin concesiones a la raíz, ahí donde habita lo inconmensurable, lo incompatible, lo incomprensible de los diversos modos de estar siendo humanos; ahí donde parece que no es posible *entenderse*, ahí donde habita siempre la *vida común* de seres radicalmente iguales porque son radicalmente diferentes en sus ideas, sus valores y sus sentimientos.

Esto que llamo aprendizaje, ejercicio y enseñanza del *filosofar*, claro, no es algo funcional al sistema prevaleciente que —como tantas otras veces en la historia— eligió *actuar sin pensar*.

Es decir, decidió renunciar a la razón y diálogo humanos (limitados, finitos) poniendo su confianza en fuerzas *extra humanas*, o *no humanas*, lo que los habilita a *racionalizar* los espantosos de hecho en cada pasado y cada presente mediante esa abdicación. Esas poderosas entidades no-humanas serían bondadosas (sin *genios malignos* que las hagan falibles y febles como nosotros) y nos asegurarían que —pese a cualquier desmentido fáctico— éste es *el mejor de los mundos posibles* o, al menos, el mejor de los mundos pasados y el único camino para mejorar. Ya sea que denominemos a esas entidades *destino*, *voluntad de Dios*, *ley de la Naturaleza*, *astucia de la Razón*, o *mano invisible del Mercado*, se sigue dejando en sus manos —con admirable “candidez extrema”— el futuro de los seres humanos y de la vida. Se reniega así de la capacidad constructiva de la libertad, responsabilidad y razón humanas. Quedan reservadas a los seres humanos las acciones que lo destituyen de su dignidad: tales como la servidumbre, la violencia, la fuerza bruta.

Lugares de la filosofía

En este contexto no puede sorprender que la *filosofía* y su enseñanza vayan perdiendo *espacios* que habitaban. Ya no tienen *lugar* en los espacios *públicos*: hace mucho que no están presentes incomodando en *plazas* y *banquetes*. Están recluidas en *templos del saber*, *academias*, *círculos restringidos*; y en acotados *islotos* de los sistemas educativos. Hay que *defender* los *lugares* de la filosofía, claro. Pero esto es problemático.

Puede ocurrir que en las *plazas* —en los lugares *públicos* visibles de la política, de los medios de comunicación, de las editoriales y librerías— algún filósofo brille como *best seller*; puede que circule *deformada* la *filosofía*, enlazada con religiones, autoayudas o psicologías. Puede que la filosofía invente constantemente nuevos caminos públicos, privados o íntimos (cafés, consejos, olimpiadas, *prácticas filosóficas*). Quizás hasta llegue a los niños (sistemáticamente *excluidos* del *derecho a la filosofía*). A la vez que, con pareja constancia, esos espacios resultan *irreconocibles como filosóficos* para círculos académicos que fruncirán sus narices. Puede ser, también, que no haya criterios para distinguir lo filosófico en el *cambalache* del siglo XXI.

Puede pasar que, en los niveles educativos superiores — donde anida o duerme el búho de Minerva— la filosofía *se encierre* en torno a un *corpus canónico* de autores y temas, accesible sólo a un núcleo selecto de iniciados en una enseñanza esotérica, quizás incomprensible para el común de los mortales. Quizás aislada en sí misma, con grandes dificultades para tender puentes con otras disciplinas y culturas; y para entrar en contacto con la *gente común*, aunque sea en alguna forma mínima de lo que se llama *extensión universitaria*.

Puede ocurrir que, en los niveles educativos medios, la *filosofía* subsista acotada y atacada, cuando no atascada. Y quizás ahí se dé a la tarea de *preservar* y *repartir* el mismo *corpus* que la academia se ocupa puntillosamente por *reproducir* e *incrementar*. O puede que, viendo que ello no *llega* a los estudiantes actuales, se preocupe más bien por hacerse *divertida*, y se deslice hacia el *juego irrelevante*, sin consecuencias vitales. Puede que se haga autoritaria o que se haga frívola. Puede que se vea constantemente intimidada a *justificarse* ante *tribunales* cada vez más necios que sólo la dejan subsistir en la medida en que *no sea filosofía*; puede que se vea conminada a aceptar acriticamente “*metas educativas*” que se dice que “*todos queremos*”. O puede ocurrir que tenga que someter su labor a criterios antifilosóficos de rendimiento, propios de las *evaluaciones estándar* de moda.

De modo que no alcanza con conservar y ampliar los *espacios* de la enseñanza de la filosofía y ocupar algún lugar en la plaza. También y al mismo tiempo hay que *hacer filosófica la enseñanza y la práctica de la filosofía*.

Más, en rigor no se trata tanto de reivindicar lugares para la filosofía o de *ocupar lugares* con la filosofía, sino por meter el virus filosófico en todos los lugares; inficionarlos todos.

Para eso es importante caracterizar *lo filosófico* como una *dimensión* que debería integrar, generar y transformar todos los ámbitos de la vida humana.

Rasgos de lo filosófico en el aula

Nuestras investigaciones (Berttolini, González, Langon 2008, 2010) nos fueron llevando a preocuparnos por cuáles serían los rasgos que caracterizarían un aula *rigurosamente filosófica*.

Entendiendo que esos rasgos podrían ser de *lo filosófico* en general, es decir, que podrían abarcar las diversas *prácticas y productos* filosóficos (las obras, sus lecturas e interpretaciones, el trabajo crítico y creativo que las “produce”, el aula, los espacios públicos, la vida —pública, privada, íntima—).

En una fórmula tosca “*la característica propia de lo filosófico en el aula es su anormalidad*”, su resistencia a regirse ciegamente por normas, a dejarse encuadrar en lo ordinario, en la mera rutina, a caer en formalismos o rigorismos.

Presentaré sintéticamente algunos *rasgos de lo filosófico*. Con el fin de ponerlos en discusión, claro está; pero principalmente, para tenerlos en cuenta a la hora de reflexionar sobre nuestras prácticas a fin de *problematizarlas* para que seamos cada vez más capaces de ir *filosofizando* los *espacios* en que actuamos.

a. Fermentabilidad de lo filosófico.³ Un aula (¿o todo *espacio* o *acción*?) no sería rigurosamente filosófica si no fuera *fermental*. Usamos ese término de Vaz Ferreira, para que el *rigor filosófico* no pueda ser definitivamente definido y normativizado; para que permanezca en estado *fermental* (de apertura, de problematización, de indefinición) a fin de que pueda cumplir su *función filosófica*. No “*esperar, para comunicar un pensamiento, a que hayamos podido pensarlo todo*”, a que estemos *seguros*, a que lo demos por definitivo e *indiscutible*; incluir “*el psiqueo antes de la cristalización: más amorfo, pero más plástico y vivo y fermental*”.

Un aula será rigurosamente filosófica *en la medida en que sea fermental*, del mismo modo y en el mismo sentido, que lo es la obra escrita, la lectura y el trabajo cotidiano del filósofo.

Pero es en el *aula* —como también debería serlo en los *espacios públicos*, que puede y debe habitar rigurosamente la filosofía— donde lo *filosófico* se manifiesta en toda su intensidad en elementos fundamentales que tienen que ver con la *intimidad personal* y con el *diálogo*. Es cuando lo *filosófico* *contamina* el aula que a la escritura y a la lectura (diálogos que pueden desplegarse en el *interior del filósofo* y de la *historia de la filosofía*, entre *filósofos*) se suman la *oralidad* (escucha, habla), la *gestualidad* o la *virtualidad*, en imprevisibles diálogos entre *ilimitados interlocutores*: incluso no-adultos, no-filósofos, no-occidentales,

no-varones, no-libres, no-poderosos... Mejor dicho, es en el aula donde *se recuperan aspectos de lo filosófico* que fueron amputados, limitados y deformados por la *transferencia* acrítica al campo de la filosofía de criterios normativos y de control —en rigor, *antifilosóficos*— ligados a *excluyentes* círculos que definen *lo filosófico* por su *encierro* en determinada *normalidad* y por su *cierre* a los *demás*, a la par que difuminan, anulan y ocultan (tras objetos y objetivos) el rol central de la intimidad filosofante, su emoción, su conmoción, su capacidad de ponerse en movimiento propio y de invitar al movimiento filosófico ajeno.

b. Originalidad de lo filosófico

Empleo aquí el término *original* en el sentido en que Lévi-Strauss dice que cada versión de un mito es *el original*: cada *variación* toma en cuenta nuevas situaciones, enfrenta nuevos problemas, es *fermental*, origina nuevos caminos, inaugura rutas inéditas, libera nuevos sentidos... Tampoco es difícil comprender como *originales* en nuestra tradición las *Antígonas* de Sófocles, Marechal, Anouilh, o la lectura que hacía de ellas una estudiante en plena dictadura, “porque hay que enterrar a los muertos...”

Desde el aula es posible captar más cabalmente la *originalidad* como característica inseparable y necesaria de *lo filosófico* (y no sólo, por ejemplo, como característica accidental de *alguna* obra).

Es original la obra, el trabajo de creación, la traducción, la interpretación, la nueva versión, el trabajo de aula... No se agota la *originalidad filosófica* en la obra única de un *autor*; la *genera* el *lector*; la re-crea el *profesor* con sus alumnos; *vive* en el efímero debate. No es *rigurosamente filosófica* un aula si no es *original*.

c. No obsolescencia de lo filosófico.

Tanto la *obra* filosófica como los instrumentos que se van creando en los procesos del *filosofar*, difieren radicalmente en su *durabilidad* de los productos e instrumentos técnicos que dejan a su paso cementerios de *tecnologías rotas* (máquinas de escribir, faxes, el penúltimo celular...), con fecha de vencimiento. Se reconoce generalmente que en filosofía toda *obra*

es contemporánea, todo *instrumento* vigente; siguen rindiendo frutos y dando lugar a nuevas interpretaciones, polémicas y creaciones. En el nivel más profundo, más radical y más intercultural, es invitación a superarse a sí misma en nuevos *comienzos*. Lo filosófico comienza con rupturas con algo que no queda *obsoleto*; no es mera *innovación* al interior de la *repetición*, es *creación* y vive en el diálogo. Su eventual obsolescencia coincidiría con la *superfluidad* de la humanidad.

En el *aula filosófica* se juega a diario la *no obsolescencia*. Un aula en que no se manifieste como *problema* la no obsolescencia de lo filosófico, ni se luche constantemente por ella, no es filosófica. No es filosófica el aula que no haga *vivir de vuelta* la filosofía. No es filosófica el aula que, para hacerlo, sacrifique otras dimensiones de lo filosófico. No es filosófica el aula que se limite a transmitir instrumentos *todavía* eficaces. No es filosófica el aula que no lidie cotidianamente con estos problemas.

d. Inseguridad de lo filosófico

Si algo es rigurosamente filosófico, no tiene *garantía*; es *falible*, se puede *desconfiar* de ello, se lo puede *discutir*. No hay *normas técnicas* que *garanticen* resultados, calidad, potencia o valor de lo filosófico. Mucho menos sus *efectos* a corto, mediano o largo plazo.

Muy particularmente si estamos hablando de un *aula de filosofía*. Nosotros comenzamos nuestras investigaciones preguntándonos pseudoingenuamente: ¿Qué es una *buena* clase de filosofía? Nos preguntamos —junto con los otros profesores— por experiencias *filosóficas* que hubiéramos vivido en algún momento, como docentes o como alumnos, y que nos hubieran impactado. Pudimos observar clases en que *pasaba algo* valioso. Pero no hay *receta* que permita *repetirla*; no hay norma que garantice que el *recurso* hoy exitoso no se trasmute en traba al filosofar, en otras circunstancias. Si un aula no vive en tensión de *inseguridad*, no es filosófica.

e. Radicalidad de lo filosófico

Esa exigencia que dice Ranovsky de volver a plantearse cada vez las “cuestiones de principio”. En el aula implica el desafío

de plantear problemas de fondo, de remover seguridades, lo cual conlleva evidentes riesgos (especialmente tratándose de jóvenes o de niños, pero también de ancianos o personas vulnerables) que requieren especial *cuidado*. Sin embargo, un aula no sería *rigurosamente filosófica* si no encontrara la forma de ser realmente *radical*.

En otros ámbitos la *radicalidad* exige salir del ámbito delimitado por “Occidente” o por la “Historia de la filosofía”, y plantearse el *diálogo* en el ámbito *intercultural*. En las aulas de hoy, en muchas partes del mundo, la interculturalidad está presente de manera cotidiana. Construir la como lugar de *diálogo* y como *comunidad de indagación* pueden ser modos adecuados de pasar juntos las experiencias de aula.

f. Lo filosófico *no selecciona interlocutores*

Clásicamente el diálogo cara a cara entre maestro y discípulo, implica que el primero “seleccione el alma apropiada” para sembrar en ella una semilla. Y en nuestras investigaciones de aula surge con fuerza la cuestión del *interlocutor*: a quiénes se dirige el docente, para quiénes es la filosofía

Sin embargo, ya en el *Fedro* platónico (un documento *escrito* que por tanto llega a *todos*, incluso a los futuros impredecibles para el autor, como nosotros) lo que se espera es que germinen *otros discursos* (no la reiteración de la siembra magistral) que se lancen en *diálogo* con otros y así imperecederamente, lo que es el mayor grado de felicidad a que puede aspirar un ser humano.

Lo *filosófico* es para todos; quiere a todos como interlocutores; *en rigor filosófico*, todos interpelan y todos son interpelados. Un aula que no se quisiera para todos, no sería *rigurosamente filosófica*

g. A lo filosófico *todo le compete* y para lo filosófico *todos son competentes*

Si un aula reservara espacios con los que *no se mete*, no sería rigurosamente filosófica. Si un aula reservara cuestiones en las que los estudiantes no pudieran meterse, no sería rigurosamente filosófica. Nada de lo humano es ajeno al filosofar; todo

lo humano le compete al filosofar; nada de lo filosófico es ajeno a cualquier humano, todo lo filosófico compete a todo humano.

Asunto puesto en crisis por la visión de la educación *por competencias*, que lleva, en defensa de la filosofía, a explicitar analíticamente cuáles serían las *competencias filosóficas*, y cuáles no.

Sin embargo, la propuesta es que lo filosófico se mete en todo y quiere que todos se metan a filósofos.

h. Dialoguicidad de lo filosófico

Lo filosófico no es reducir las diferencias entre los interlocutores sino trabajar en **dia-logo**, a través de distintos **logos** (*ethos* y *pathos*). Punto puesto en crisis cuando generamos la distinción atribuyendo al otro, no necesariamente no ser *humano*, pero sí serlo de modo *deficiente*: no tener *logos*, *ethos* o *pathos* porque es ciego, sordo, no inteligente, no publica en revistas indexadas, es de otra cultura, piensa, valora, siente y actúa distinto que yo.

Un aula que no fuera *dialógica* no sería *rigurosamente filosófica*.

Lo filosófico **no admite tribunal**.

El diálogo filosófico no puede admitir un final para el proceso de construcción de la vida pensando y haciendo en diálogo. Es un diálogo sin tribunal. No puede haber un fallo de última instancia, debe ser siempre abierto, sin la posibilidad de un tercero que falle en definitiva.

Que el pretendido árbitro se integre al diálogo como un interlocutor más; si quiere ser rigurosamente filosófico. Un aula no puede ser rigurosamente filosófica si se somete a un tribunal externo a su diálogo.

Bibliografía

- BERTTOLINI, Marisa, *et al.*, *Escenarios de la educación filosófica*, <http://www.uruguayeduca.edu.uy/Userfiles/P0001/File/ESCENARIOS%20DE%20LA%20EDUCACION%20filo.pdf>
- BERTTOLINI, Marisa, Isabel González y Mauricio Langon (2010). *Tensiones en la enseñanza de la filosofía. Perspectivas para pensar prácticas y discursos*. Montevideo, IPES, inédito.
- KUSCH, Rodolfo s/f. *Misterio del pensar* (Inédito, en Archivo de Kusch, Maimará, carpeta n° 375)

- RANOVSKY, Alejandro (2009). La definición de un criterio de rigor propio de la filosofía como requisito para su enseñanza. En Cerletti, Alejandro *La enseñanza de la filosofía en perspectiva*. Buenos Aires: Eudeba.
- VAZ FERREIRA, Carlos (1938). *Fermentario*. En *Obras completas de Carlos Vaz Ferreira*, T. X, Montevideo: Cámara de Representantes: 1957.

Notas

- ¹ Instituto de Perfeccionamiento y Estudios Superiores. Administración Nacional de Educación Pública. Uruguay.
- ² “[...] no sólo se piensa más cuando peor se está, sino también se adquiere toda la fuerza mágica, si se quiere, al momento de pensar”. Kusch, Rodolfo s/f.
- ³ Carlos Vaz Ferreira inventa, a partir de la idea de *fermento* el título de su libro *Fermentario* (Vaz Ferreira, 1938)